



PEACE BRIGADES INTERNATIONAL

PROYECTO COLOMBIA

“PERO, ¿QUEREMOS VOLVER?, REALMENTE ¿PODEMOS?”

Dicen que para “regresar” completamente, hace falta al menos tanto tiempo como estuviste allí. Nosotras, aún no hemos vuelto del todo. Pero, ¿queremos “volver?”, realmente, ¿podemos?. Lo que es claro es que no somos las mismas. No se puede. Hemos aprendido a ver críticamente la información que los medios de comunicación nos suministran. Ahora sabemos lo que antes, quizás intuíamos, porque hemos estado al otro extremo, en el que nace la noticia y hemos vivido con los no-noticia. La manipulación, desinformación, medias verdades, la falta de análisis serios, el desinterés..., nos traen una imagen muy desfigurada de la realidad de otros lugares. Ahora, ante cualquier noticia, siempre pensamos en los que ni siquiera aparecen y eso nos provoca una tristeza enorme y que duele. Duele, porque sabemos del miedo de la gente, un miedo real, objetivo, a perder la vida, los bienes, la familia, a ser desaparecido. Un miedo que, sin embargo, no les detiene en su lucha por defender los derechos humanos, su dignidad, la memoria contra el olvido y una justicia que respete todo ello y dé reparación a las vidas rotas de millones de personas.

Así que nadie regresa: volver al punto de partida, volver físicamente... sí lo haces, pero... no llegas donde estabas antes de salir. Sí algo se aprende en la guerra es que no hay marcha atrás. Aunque alguno de los defensores intentara empezar de nuevo, retirarse del trabajo activo, “los fantasmas” (o sea, las amenazas) siempre vuelven. No tardan en encontrarle a uno, en quererle pasar las cuentas por las denuncias que hizo hace tantos años, por no haberse callado la boca en su día; “te callas, te mueres o te vas” (amenaza muy conocida) y ellos se quedaron y hablaron. Esos archivos, al contrario de otros, nunca prescriben, nunca se queman, nunca se pierden... Cuánto nos han hecho pensar las risas de los líderes de una comunidad desplazada de las que acompañamos permanentemente cuando les preguntamos si en las tareas de coordinación no hacían relevos para descansar de esa dura carga: “¿descansar? ¿descansar?, ¡no hermanas!, Aquí si descansas te mueres, si te paras te matan”. No hay marcha atrás aunque quisieras dejarlo, salirte del conflicto, la víctima no elige su vida, toca seguir luchando para sobrevivir, para protegerte: “no luchamos para la vida, luchamos por la vida” han usado los defensores de lema. Alguno de nuestros acompañados nos contaba cómo en su día lo intentó, empezar una vida nueva, buscar la tranquilidad. “Pero qué va... a los 4 días ya estaban metido en líos, la junta de vecinos, las reivindicaciones campesinas...”. Cuando uno ha visto tanto ya no puede cruzarse de brazos, no puede ignorarlo y dejar atrás lo que lleva haciendo toda su vida.

Hemos vivido con ellos y ellas, compartiendo su miedo, su valentía, su dolor y su esperanza. Viéndoles convivir con la muerte o el hambre. Hemos visto a un hombre que en un juicio, rodeado de militares y policías ha denunciado la connivencia de partes de esas instituciones con los paramilitares, mientras acusaba en concreto a altos mandos, que, al llegar a casa, temía cruzar la calle para comprar tabaco. Profesores de Universidad que se esfuerzan en enseñar al alumnado la importancia de los derechos humanos, aunque saben que compañeros suyos terminaron con su cabeza pinchada en una pica a la entrada de esa Universidad por hacer lo mismo. ¿Cómo no vamos a cambiar

si hemos vivido en un país (Colombia) con una población igual a la del estado español (alrededor de 40.000.000) en el que hay más de 1.000.000 de desplazados internos, en lugares donde la gente aguanta hambre mientras de sus tierras salen riquezas enormes que sólo vuelven a ellos en un pobre 3% (Indonesia). Países donde los desaparecidos, torturados y asesinados se cuentan por millares sin que la situación mejore.

El regreso tiene indudablemente sus lados buenos; cuando una llega aquí disfruta tanto de cosas... antes pequeñas o insignificantes. Hablar en un bar o en la calle a voces de política, de lo que te pasó ayer, sin mirar cada dos por tres a tu lado a ver si alguien te escucha, sentarte en tu casa en silencio, sola a leer, a pensar sobre la nada, a estar... A disfrutar de un paisaje, contemplar la naturaleza sin buscar hombres armados detrás de los árboles. Pobre Hna Libia aquella vez cuando estábamos en el balcón de la casa comunitaria contemplando por la tarde las montañas tropicales, alguien soltó: "¡miren ahí vienen los azulillos!". "¿Ya vienen?.¿No?. ¿Ya llegan?" Se asustó la Hna Libia. "Los azulillos, los pájaros que vienen al atardecer, no los verdecillos, Libia" le respondimos para tranquilizarla; no, ese día tampoco parecía que iba a haber la tan avisada incursión. Es así de simple, pero cuando una llega disfruta paseando, igual que dicen todos los defensores que vienen a Europa: "¡qué maravilla andar lo que quiero, y solo, por la ciudad, por el campo...!". Poder hablar con un campesino desconocido, con un taxista y compartir, sentirte cerca de él, hablarle tranquila de tu trabajo, de lo que te preocupa... Pues sí, una goza con estas pequeñas cosas cuando vuelve y además sabe que el poder elegir la vida que una quiere es un privilegio que mucha gente no tiene.

Ahora sabemos lo poco preparados que estamos aquí para la vida porque la vida es también esa parte que no queremos, el miedo, el dolor, convivir con la muerte sin renunciar a la esperanza. Nos parece que tenemos los sentimientos y sensibilidades adormecidos y, que para simularlas, necesitamos recurrir a experiencias artificiales - montañas rusas o parques temáticos, deportes de riesgo, drogas-. Porque quizá, en el fondo, nos asusta despertarlas de verdad y sentir lo humano que tenemos.

Pero sigue sin haber marcha atrás, porque uno no puede elegir sus recuerdos, no es libre ya, si se quiere se pueden olvidar fácilmente fechas, nombres, incluso los rostros que se difuminan con el tiempo, pero otras cosas no. Por ejemplo, la sensación de ahogo que te hace sentir el miedo de la gente que acompañas no se olvida. Cuántas noches en vela nos han contado. Niños que amanecen temblando después de un tiroteo que se escuchó al anochecer, defensores que no duermen por la tembladera también que les entro al escuchar un helicóptero 20 minutos sobrevolando la comunidad a las 12 de la noche..,

Otros, que las peores noches se acuestan y dejan el móvil preparado con el número de PBI para tener que dar sólo una tecla si pasa algo. Las puñeteras y traicioneras noches que llegan irremediamente cada día para millones de colombianos, indonesios, mexicanos, guatemaltecos y tantos otros. No es fácil volver dónde estabas y olvidar que más de una vez te ha tocado escuchar a defensores o líderes campesinos en momentos de tensión suplicarte que no te muevas de su lado. O escuchar en una comunidad a una niña de 5 años decir al verte con la mochila, "si Uds. se van esa gente viene y nos mata". ¿Qué haces, te sientes orgullosa por la utilidad de tu trabajo o te enfadas de rabia e impotencia?. Pues sí, lo habéis adivinado, te enfadas. Creemos que nos hemos vuelto más sabias, conociendo mejor, más a fondo, el lado bueno del hombre a través del valor del trabajo de las personas acompañadas... y el lado malo. Pero, desgraciadamente, más cabreadas, lo que a fin de cuentas no te deja tan libre para elegir tu vida, quieras o no, necesitas hacer algo para con ese enfado.

